

INAUGURACION AULA MAGNA TEMUCO
Diciembre 15 de 1990

Es para mí un motivo de profunda satisfacción el poder asistir hoy día a la inauguración de esta magnífica obra, puesta al servicio de la comunidad de esta ciudad y de esta Región, y que atestigua el esfuerzo laborioso e inteligente de nuestra comunidad universitaria, la generosidad de nuestros benefactores y la voluntad de la Pontificia Universidad Católica de Chile para ayudar a asegurar la presencia de la educación superior católica en esta región.

Porque se trata fundamentalmente de eso. De asegurar la presencia de la educación superior católica, de modo que por medio de la formación de profesionales, de la enseñanza continuada, de la enseñanza de adultos, de la investigación científica y tecnológica, se llegue a afianzar la "presencia pública y estable del pensamiento cristiano" de que habla el documento conciliar Gravissimum Educationis Momentum, con palabras que recoge la reciente Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae.

La obra que inauguramos hoy día tiene un sentido muy claro dentro de la noción moderna de universidad. La universidad tiene que estar abierta a la comunidad, de modo que esta participe de las iniciativas culturales que se gestan en aquella. La universidad debe desarrollar una vida intelectual con variados horizontes, debe atraer la venida de iniciativas culturales de muy diversa naturaleza, puede constituirse en sitio de encuentro de la comunidad en determinados campos. Y no hay duda de que eso es lo que reclama una comunidad nacional que está animada en forma creciente por inquietudes culturales y educacionales de variadas formas.

La educación continuada y la extensión universitaria ocupan un sitio de creciente importancia. Pero ello no es sólo el fruto de una lenta maduración de un ideal universitario, sino que es una necesidad impuesta por el avance vertiginoso de los conocimientos, y por los rápidos cambios que se registran en casi todos los campos. Lo que un profesional aprendió hace sólo diez años, ya está parcialmente obsoleto. Nada puede sustituir al tiempo de educación y formación de los primeros años universitarios; pero es igualmente cierto que si el edificio de la formación profesional construido sobre esa base no es constantemente remodelado y actualizado, él se hace rápidamente inservible. La enseñanza universitaria debe acompañar al individuo durante toda la vida.

Es por eso que obras como esta, que sirven a ese ideal de contacto intelectual entre la sociedad y la universidad, tienen un gran valor, y que nos es profundamente grato poner esta al servicio de la ciudad de Temuco.

En esta forma, la Universidad Católica continúa un largo trayecto de servicio a la comunidad regional. En el curso de él, se han hecho contribuciones importantes al desarrollo regional, y se ha logrado movilizar el interés de la comunidad local por nuestra obra. Deseo expresar públicamente mis agradecimientos por ello, y agradecer también a la Dirección de la Sede por su ardua y sacrificada tarea, coronada hoy por este éxito tan interesante.

La obra de la Sede ha sido particularmente creativa, y ella ha sabido aprovechar ventajas comparativas y oportunidades que le permitieran superar la limitación de que mientras sea esta una Sede de una Universidad, no parece posible que en ella se puedan desarrollar los estudios conducentes a los mismos títulos que otorga la Universidad en Santiago. No parece viable que una Universidad otorgue el mismo título o grado en dos sitios diferentes y bajo condiciones también diferentes.

La Dirección de la Sede, operando dentro de ese marco ha alcanzado éxitos notables. Lamentamos por cierto el que la disminución del número de postulantes nos haya obligado a cerrar carreras y a prescindir de los servicios de personas valiosas. Pero creo que esta obra destaca hoy como una realización sólida y de muchas proyecciones, por medio de la instalación de carreras técnicas universitarias.

Siendo pocas las visitas que puedo hacer a Temuco, y menos las oportunidades de hablar aquí públicamente, me parece que tengo cierta obligación de explicar las políticas generales de la Universidad hacia sus Sedes Regionales

Los años han consolidado una presencia de la Universidad Católica en varios sitios del país, uno de los cuales es Temuco. Esto no se ha logrado sin muchos trabajos y muchos sacrificios además de dolorosos conflictos e incomprensiones. Si nos preguntamos cuál es la razón para que esta obra haya resultado difícil de perfeccionar, yo invocaría dos principalmente. La primera es de índole general: todas las creaciones universitarias de la historia han conocido comienzos difíciles. La segunda es aplicable al caso de nuestras Sedes: ellas funcionan bajo la dirección de una casa central que está' muy lejos y que, por buena que sea su intención, no puede comprender cabalmente los problemas propios de la región, y muchas veces no puede atender oportunamente a sus soluciones.

La estructura jurídica de la Universidad propende al centralismo, y por mucho que no nos guste el centralismo en sí, no podríamos eludirlo en este caso.

Sin embargo, desde el mes de Noviembre del año pasado, la perspectiva ha cambiado por causa de la interesante autorización extendida por la Santa Sede por intermedio de la Sagrada Congregación para la Educación Católica para que las Sedes regionales alcancen su plena autonomía como instituciones de Iglesia, dependientes de los señores obispos diocesanos. Este es naturalmente un problema nacional, que involucra a todas las Sedes. No se trata por lo tanto de una situación que atañe solamente a Temuco.

Pero, por razón de la forma de financiamiento de nuestras Sedes, para seguir en este camino, deberían producirse cambios en la legislación. Las conversaciones preliminares con autoridades de gobierno son muy alentadoras.

Si se mira atentamente la cuestión, hay aquí varias voluntades involucradas y coincidentes y que se aunan en todos los sitios donde la Universidad mantiene Sedes, a saber:

- primero, la de las propias Sedes, de sus comunidades académicas, que al alcanzar su autonomía, podrían desarrollar una multiplicidad de proyectos adecuados a las necesidades culturales y educacionales de las respectivas regiones;

- segundo la de la Iglesia, que podría contar con ese instrumento insustituible de evangelización de la cultura que son Universidades católicas autónomas adaptadas a las necesidades de las Iglesias particulares

- en tercer lugar, la del país representado por su Gobierno, que podría impulsar de modo muy efectivo el proceso de regionalización, y dotar así a varias regiones del país de instrumentos de acción cultural de probada efectividad;

- cuarto, la de la Pontificia Universidad Católica, que ha sembrado estas semillas a lo largo del territorio y que vería crecer a partir de ellas a árboles frondosos para bien de todas las regiones en las cuales ella tiene presencia universitaria.

Al ver que hay tantas razones de bien público que abonan esta idea, y al encontrar la buena voluntad y el interés en tantas instancias de decisión importantes, me siento optimista respecto de esta iniciativa.

Se comprende que no estoy esbozando un camino fácil. Como decía antes, todas las creaciones universitarias son laboriosas. Pero es un camino fascinante. En todo caso, y si por razones diversas, en algún sitio fuera imposible llevar a cabo la idea en toda su ambiciosa proyección, la Universidad estudiaría atentamente la manera de mantener la presencia de la educación superior católica en él. El camino que se ha abierto por las carreras de técnico universitario, y las tareas de extensión y educación de adultos y educación continuada, ofrecen oportunidades promisorias.

Perdonen que haya distraído su tiempo con estas explicaciones. Pero me ha parecido que al establecer este nuevo hito de nuestra actividad en la Región, era menester tomar un poco de perspectiva y detenernos a mirar el camino recorrido y las alternativas que se nos ofrecen hacia adelante, y hacerlo justamente en la ocasión particularmente grata en que puedo estar junto a una representación tan selecta de la comunidad de la Región. Yo no creo que la Universidad católica viva de sus recursos materiales, ni siquiera de su capacidad académica e intelectual. Ella encuentra la fuerza de su vida en su fidelidad al encargo recibido de la Iglesia, en el cual vemos la palabra misma del Señor. Por eso buscamos fórmulas diversas, caminos nuevos que aseguren o protejan lo esencial, que sean manifestación de este proyecto de vida institucional, de servicio a los hombres y a la sociedad chilena por medio de la formación de la juventud, de la enseñanza en todos los niveles superiores, para que la palabra del Evangelio penetre en las formas de pensar, en los criterios para juzgar, en las normas para actuar, y se opere así en profundidad la evangelización de la cultura.

Sabemos por cierto que nos proponemos un ideal que está muy alejado de nuestras pobres realizaciones. Nos lo proponemos de todos modos porque no ponemos nuestra confianza en nosotros mismos, sino en el Señor. Cuando vemos que en nuestro camino se despliegan nuevos horizontes creativos, y cuando vemos completadas obras como esta, de tal magnitud y utilidad, nos volvemos a Aquel por quien nos vienen todos los bienes, y le ofrecemos a una vez más nuestros trabajos para que redunden en su gloria y en el bien de los hombres.

